

CARTA DEL OBISPO

EL ANUNCIO DEL EVANGELIO HOY

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

El objetivo general de nuestro Plan Diocesano de Pastoral es vivir y transmitir la fe aquí y ahora. Vivir y anunciar el Evangelio en nuestro mundo, que cambia profunda y rápidamente, es la cuestión fundamental de la Iglesia hoy. El empeño por fortalecer y transmitir la fe, nace de la obediencia al mandato del Señor: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos”* (Mt 28, 19).

La tarea de anunciar el Evangelio constituye la misión esencial de la Iglesia, su dicha y su vocación más profunda (cfr. EN 14). Comunicar el Evangelio hoy no es sólo conocer el texto sagrado, abrir la mente a la verdad del Evangelio. Es, sobre todo, vivir la experiencia viva del encuentro y de la comunión personal con Jesucristo, el enviado del Padre, el Hijo de Dios hecho hombre y presente en medio de nosotros, el Resucitado. Esta experiencia se nutre de la escucha de la Palabra, de la celebración de los sacramentos de la salvación, especialmente la Eucaristía, de la vida de caridad según el Espíritu Santo, en una palabra, una experiencia que nace y crece con la contemplación del rostro de Dios y con la adoración amorosa y devota de su Persona.

Esta contemplación se convierte en raíz vivificante y fuerza vigorosa para el compromiso misionero, como participación de la misma misión salvífica de Cristo. Lo decisivo para la vitalidad misionera de la Iglesia es, por tanto, la íntima comunión con Cristo: y esto es la afirmación gozosa y grata de la primacía de la gracia en la vida y acción de la Iglesia.

Pero el Evangelio exige hoy ser comunicado en un mundo que cambia, en una situación profundamente nueva en nuestra Nación y Diócesis respecto al pasado. Está emergiendo una cultura dominada por el laicismo, el secularismo, el relativismo ético y el indiferentismo religioso. Se trata de un cambio social y cultural, de mentalidad y de costumbres y en relación con las cuestiones más relevantes de la vida, del sufrimiento y de la muerte.

Un cambio que tiene su repercusión cristiana profunda dentro de la misma comunidad cristiana. Por eso la acción de la Iglesia está interpelada, desafiada, solicitada por una verdadera y propia “conversión”. Y la conversión exige, entre otras cosas, una triple urgencia: una fe más convencida y madura de los mismos creyentes; un impulso evangelizador y misionero más programado y sistemático en la mayoría de los cristianos que no viven las exigencias de su bautismo; una fe “pensada”, capaz de entrar en diálogo en el actual debate cultural sobre los problemas más diversos del momento histórico presente.

Todo esto debe realizarlo la Iglesia bajo el signo de una ardiente esperanza, de la cual tenemos que dar razón los cristianos, y bajo el signo de una alegría espiritual que el Espíritu Santo concede a los creyentes.